

el de una sociedad que empieza ; porque yo llamo empezar...
—¡ Oh ! sí, sí entiendo. ¡ *C'est drole !* ¡ *C'est drole !* repetía mi francés.

—Ahí verá usted, repetía yo, ¿ entre qué gentes estamos?

LA VIDA DE MADRID

MUCHAS cosas me admiran en este mundo : esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas ; sólo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para éstas no hay cosa que valga nada. Colocada la mía á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiración, y estoy tanto más distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un día de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditación, me paro á considerar el destino del mundo : cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde ; cuando veo nacer á todos para morir, y morir sólo por haber nacido ; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno ; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio ; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte ; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Sér Supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa á la vez, y que todos que-

den descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaría á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque sólo un Dios y un Dios Todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala más alta ó más baja, pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversación. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómada hablará de las panteras; pero iguales penas le acarrearán á aquél el concluir con los primeros, que á éste el dar caza á las segundas. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luégo la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexión para desearla.

El joven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo más doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame días pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay más que dos modos de pasear, ó solo ó acompañado. La conversación de los jóvenes más suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacía yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: « Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los

demás lo que no creo. ¡ Como sólo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oír. » Á lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿ Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid?—Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalón de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugada; días hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algún periódico, me lo entra mi criado, después de haberlo hojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya; todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edición del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdría decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Jerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿ Está malo el día? el capote de barragán: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversación de Madrid.

¿ Está el día regular? Á la calle de la Montera. Á ver á la Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, según. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el día? Á caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. Á comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

¿Acabé de comer? Á Solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edición de la conversación de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un país donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

—¿Qué se da en el teatro? dice uno.

—Aquí: 1.º sinfonía; 2.º pieza del célebre Scribe; 3.º sinfonía; 4.º pieza nueva del fecundo Scribe; 5.º sinfonía; 6.º baile nacional; 7.º la comedia nueva en dos actos, traducida también del ingenioso Scribe; 8.º sinfonía; 9.º...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el *Diario* de ayer.

—Hombre, parece el de todos los días.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—¿*Guillermo*? ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquiera cosa.

—Á mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí también me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luégo á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tualaeta. Á casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la vispera, y del lunes, y de... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete, vuelvo á entrar en el ecarté...

—¿Y luégo?

—Luégo á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Después de

leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningún desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideración de los que tienen apego á la vida.

EL ÁLBUM

EL escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habría cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educación, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reune en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama, entre los hombres, patriotismo ó nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña mu-

chas veces salir de un brillante *rout*, ó del más elegante sarao, y previa la conveniente transformación de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público, ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡ Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir más lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significación de nuestro título; esta explicación no es ciertamente para ellas, pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilización llevada al extremo, que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *álbum* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinación de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

« Que si él habla lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Pasando por alto este inconveniente, el *álbum* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condición que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiá-

tico, y por dentro en blanco: su carpeta, que será más elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe de ser de la materia más rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño, lo más caro, lo más inglés, eso es lo mejor: razón por lo cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Sólo el conocido y el hábil *Alegría* podría hacer una cosa que se aproximase á un *álbum* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él: «Ya me han traído el *álbum* que encargué á Londres.» También se puede decir en lugar de Londres, París; pero es más vulgar, más trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Londres*: lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría*.

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *álbum* sería ya en el día un cuerpo sin alma, un río sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *álbum*, claro está, no se lleva en la mano, pero se transporta en el coche; el *álbum* y el *coche* se necesitan mutuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *álbum* se envía además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo; el lacayo y el *álbum* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *álbum* que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composición, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distinción de suplicarle que incluya algo en su *álbum*, es muy natural pagarle

en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *álbum* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *álbum* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: así consta á lo menos de todos esos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *álbum*, pues, viene á ser un *panteón* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porción de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *álbum* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distinción de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito de poner algo en el *álbum*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *álbum* viene á ser frecuentemente, más bien que un panteón, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *álbum*, y éste honra á los primeros.

Sabido el objeto del *álbum*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor las pirámides famosas, ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *álbum* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *álbum* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *álbum* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo

del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo también Pedro Fernández el día tantos de tal año.» Sin embargo, la acción es la misma, por parte del que la hace.

He aquí cómo motiva el origen de la moda del *álbum* un autor francés, que escribía, como nosotros, un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París:

«El origen del *álbum* es noble, santo, majestuoso. San Bruno había fundado en el corazón de los Alpes la cuna de su orden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres días á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religión grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debían de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedían en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *álbum* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *álbums*.»

Esta afición, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fué puesto á contribución: el valor por consiguiente de un *álbum* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleón, todo esto puede llegar á hacer de un *álbum* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *álbum*: ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*, su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, qué es una bella sino un *álbum*, á cuyos piés todo el que pasa deposita su tributo de admiración? ¿Qué es su corazón muchas veces sino *álbum*? Perdónenos la atrevida comparación: ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el pri-

mero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *álbum* no se llama nunca *el álbum*, sino *mi álbum*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él más que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *álbums* que vienen á parar á manos de uno! Luégo ¡hay tantas mujeres á quienes es más fácil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados después estos diversos depósitos no pueda picarse ningún amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean más que galanterías, á una hermosa de la cual sólo se conoce el *álbum*!

Si este es el mueble indispensable de una mujer de moda, también es la desesperación del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es más difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros, para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamaríamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene más que un *álbum* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LOS CALAVERAS

ARTÍCULO PRIMERO

Es cosa que daría qué hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno

de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podía ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad; y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para cosas pocas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome para designarlos de

una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerían, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendría á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algún día por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros hicieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su sér, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su sér lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría á esa ligereza, que es una de sus más amables calidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprensión*. No se interprete esto tampoco en el mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adiós teatro. Sabido es que con mucha aprensión no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprensión*, son las dos

cualidades distintas de la especie : sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educación ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversación va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condición *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí* en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su educación, su profesión, su dinero, le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes:

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer bolitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. Á pesar de eso, el día de examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz

muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco ó de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del infeliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera: el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado: y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputación, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atención; privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera qué hacer; contar todas sus acciones del día como si pudieran importarle á álguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete: no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! Á media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; en-

tra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. Á veces el *calavera lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras, mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar; es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que álguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temerón*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad, si alguna tienen.

LOS CALAVERAS

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSIÓN

QUEDÁBAMOS al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temerón*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece: el uniforme es ya la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temerón*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temerón* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

— Aquel viejo que viene allí: ¡míralo qué serio viene!—Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno!—Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no miréis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

— ¡Ahora! dice la turba. ¡Pum! otra en la calva.—El viejo da un salto y echa una mano en la calva; mira á todas partes... nada.

— ¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algún pillastre... bien podía irse á divertirse...

— ¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal...?

— No, señor, felizmente.

— ¿Quiere usted algo?

— Tantas gracias.

Después de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubriría... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temerón* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

Á veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confín de la acera y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeúnte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él y le da un pisotón; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

Á los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos: — Pepe, exclama, ¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa: ¡Ah! usted perdone,

dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mío... — No hay de qué. — Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla. — ¿Quién es? — Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esta sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: — Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta. — ¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcón medio desnudo. — Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no quería irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches. — ¡Bribón! ¡insolente! Si bajo... — Á ver cómo baja usted; baje usted: usted perdería más: figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cría á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *négligé*: sus hazañas son más serias; éste es aquel que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero, como ella, no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y después de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover también su zipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofetón: de diez hom-

bres que reciban bofetón, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafío: la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: éste es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no le mire: éste es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: éste el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, éste es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demás divierten; éste mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.: pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es común en el día, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros muy respetables, no haremos más que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdón; pero ¿quién no conoce en el día algún sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustración empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra

un caracol entre las flores, llenándolas de baba ; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el joven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas ; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés : sin embargo, éste es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con poca *aprensión*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre ; es la confusión de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza ; ¿ qué deja para nosotros ? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Después del *calavera-temerón* hablaremos del *pseudo-calavera*. Éste es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera* : es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo xix. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada ; dibuja con primor y toca un instrumento : filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa ó á la más sentimental : más de una mala cantatriz le es deudora de su boga : se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso : sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia : por el sonido se le encuentra : reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano : reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un

momento por la *tertulia* á asestar su doble antejo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temerón*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres, sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leído á Walter Scott, á D'Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-Lebrun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: ¡*Qué cabeza!* ¡*Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: ¡*Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es libre, es independiente. Nié-guesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle á él: ¡*No sea usted loco!* ¡*Qué calavera!* ¿*Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquel á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gâté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero los amores voladeros, mariposa ligera vuela de flor en flor. Die



ne algún amor sentimental y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulación, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algún escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraído para con las demás. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de éste es la edad misma; una posición social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que venguen en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses las letras que él contra sus antecesores girara.

Sólo una observación general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colón perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía: la intentona de aquél y la insubordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el día están sentados en gran libro como dos *grandes hombres*, dos *genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinión pública*.

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

OFICIOS MENUDOS

CONSIDERANDO detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.: y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en Noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en Julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que ven-

den agua en Agosto, vendían en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institución de san Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción á los demás, es decir el oficio de examen, y el más fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión: á la luz de la filosofía, debían tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero.

Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la justicia, y cuya profesión es dar *higos y pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*: capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada y aun más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también á

la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atención á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la traperera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La traperera por tanto con otra educación sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la traperera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditación, á la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la traperera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A***: allí se codean Calderón y C***: allá van juntos Moratín y B***. La traperera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la traperera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio y La Estrella, La Revista y La Abeja*, las metáforas de

Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese sér, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido joven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y este la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballere te fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algún tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galán detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente la alhajó un cuarto; poco después el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro; esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luégo mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades, el

hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana :

¡ Ay infeliz de la que nace hermosa !

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la traperera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la traperera. Sin embargo, ¡ qué de veces lleva tesoros su cesto ! ¡ Pero tesoros impagables !

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al día y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él : ni un favor, ni una distinción, alguna mirada de cuando en cuando... algún... nada. Pero ni una contestación de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡ Ah ! ¡ mundo de dolor y de trastrueques ! La traperera es más feliz. ¡ Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo !!! El amante la maldice : durante su estancia no puede subir la escalera : por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡ Insensato ! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntación antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linón hechá pedazos... ¡ Una gola !!! Y acaso el borrador de algún billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca ; el corazón te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gémidos las tiernas prendas, y la traperera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡ Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos !

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción á la traperera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por el del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banquetta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje*; el cajón de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creería que quiere decir: «*aquí se estropean botas.*»

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcón ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer; abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho: es el ratón dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento, cuando sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga.

Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el antejo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie se escapa. Para darle más extensión, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistentá*; es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reúnen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación: los artesanos en general no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún día entre semana, las Pascuas, los días de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días: ésta es la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer: es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa. Á la vuelta ya*

sabe quién debe sólo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolución, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galán no puede entrar en la casa, es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no halla inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladrón encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparación con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que la haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más, la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*; el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el

barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda : esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar : esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando días y enhorabuena á gentes que no conocen : esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales : todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios ? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar : los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran ; pero en España ningún *oficio* reconozco *más á menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria : más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA DILIGENCIA

CUANDO nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa : generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa ; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar ;

hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados-Unidos. La navegación la trajo á Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría á usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas: esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mujeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad.

dad: y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar á París después de dos meses de medir la tierra con los piés, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!»

Á su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volviera sola! Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!!! ¡Jesús!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigración, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre á pié firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. Á propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con su majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto á los *billares*; pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle,

ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias: yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. Á la entrada le llama á usted ya la atención un pequeño aviso que advierte pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado, numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el Botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decía:—No se puede pasar en ese traje: ¿no ve el cartel puesto de ayer?—Sí, señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luégo: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. «¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!» Esto siempre satisface: verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quién dé razón; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio: como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: «¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía.» Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra, si son hombres; si son mujeres, gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué me sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

Á la derecha del patio se divisa una pequeña habitación: agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población: media hora falta sólo: una niña, ¡qué joven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pié, su trémula mano... «Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.»

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor, sobre todo, hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luégo parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazón más dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe también que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.—Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid: el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí, pero ¿cuándo no lloran las mujeres? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre éstas y las de la niña; una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñidamente, pero poco menos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido.—Se puede querer mucho á su marido, dice el militar para sí, y hacer un viaje divertido.

—¡Voto va! ya ha marchado, entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender... ¡Ah! ¡ah! este es un verdadero viajero: su mujer le acosa á preguntas:—¿Se ha olvidado el pastel?—No; aquí le traigo.—¿Tabaco?—No, aquí está.—¿El gorro?—En este bolsillo.—¿El pasaporte?—En este otro.

Su exclamación al entrar no carece de fundamento; faltan sólo minutos, y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayores y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros; pero es de advertir que éstos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los días.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera á sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes: en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros.—Á ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.—Que no se moje ese baúl.—Encima ese saco de noche.—Cuidado con la sombrerera.—Ese paquete, que es cosa delicada. Todo lo oye,

lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios.—La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio lo que el sueño á la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch' intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores, repite el conductor: y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese el aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?» y un fraile corpulento que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones: una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, é hincó el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida. —Ádiós— hasta la vuelta— tantas cosas á Pepe: — envíame el papel que se ha olvidado — que escribas en llegando. — Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese

de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

UNA PRIMERA REPRESENTACIÓN

EN los tiempos de Iriarte y de Moratín, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epigramas, la primera representación de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oídos no habían llegado aún, ó de cuya memoria se habían borrado ya las encontradas voces de *tiranía* y *libertad*, hacía entonces la vista gorda sobre el Gobierno. Su majestad cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco más ó menos como ahora, si bien con un tanto más de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha; y el honrado, el heróico pueblo iba á los toros á llamar *bribón* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se quería dejar matar á la primera. Entonces no había más guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podía haber más derecho que el de tirar varias cáscaras de melón á un *morcillero*, y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisición había sin embargo más libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabía por dónde podía venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey y á Dios, respeto que consistía más bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podía usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted quería es-

cribir, imprimía y vendía cuánto á las mientes se le viniese, y ahí están si no las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratín, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros días no podrían probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni había espías, ni menos policía: no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al día siguiente por ambas cosas: tampoco había esta comezón que nos consume de ilustración y prosperidad: el que tenía un sueldo se tenía por bastante ilustrado, y el que se divertía alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda.

Había otra ventaja, á saber: que si no quería usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un si es no es incómodas; si no quería usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina; si no tenía usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podía usted ser paje de bolsa de algún ministro ó consejero, decía usted que tenía una estupenda vocación; vistiendo el tosco sayal tenía usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metía usted á predicador. El oficio en el día parece también haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de álguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era á la par más indulgente. Lo que por aquellos tiempos podía ser una *primera representación*, lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el día una primera representación es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusión de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposición. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa

y espada, de intriga, de gracioso, de figurón, etc., etc., hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traducción de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del Torrente*, *el Mudo de Arpenas*, etc., etc.: hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traducción, como *la Huérfana de Bruselas*; hay después la comedia dicha clásica de Molière y Moratín, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traducción, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real; hay la piecécita de costumbres, sin costumbres, traducción de Scribe; insulsa á veces, graciosa á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trajes de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oída, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado sólo á los Colones del siglo xix. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

He aquí que el autor ha dado la última mano ó lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente: ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representación, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

«Se nos ha asegurado ó sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los días) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de.... (por lo regular del Príncipe.) Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodríguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento: y tenemos *fundados motivos* (la amis-

tad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc., etc.,» y así sucesivamente.

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído; el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae *La Revista*?—¿Qué drama es ese?—No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo...—¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso.—¿Cómo se titula?—¡FULANO!—¿Á secas?—No sé si tiene otro título.—Es regular.—¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos?—Sí, son actos, pero... yo no sé.—¡Ah! sí.—¿Y muere mucha gente?—¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¡Gustará! dicen en otro corrillo.—Hombre, eso como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que ó debe alborotar ó le tiran los bancos.—¡Hola!—No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro.—¡Oiga!—Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luégo se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luégo viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo.—¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoración oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podía seguir hablando.—¡Ui!!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:—Es bonita, dicen, sólo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay acción; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: sólo se teme que el galán, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza; y el

segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene más años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes.—Un poco más de energía, se atreve á decir el autor, en ademán de pedir perdón.—No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted.—Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza?—le pregunta una joven. ¿Díadema?—No es necesario.—Como soy...—No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance.—Es verdad.

—¿Y yo, ¿qué saco en las piernas?—La época, el calzón ajustado, pié y brazo acuchillados.—Es que no tengo.—Sí tienes, dice un compañero, el calzón que te sirvió para Dido.—Ya; pero eso debe ser otra época.—No importa: le pones cuatro lazos, y es eso.

—Yo saco peluca rubia, dice el gracioso.—¿Por qué rubia?—No tengo más que rubias: todas las hacen rubias.—Bien; así como así la escena es en Francia.—¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios.—¿Y calva, por supuesto?—No, hombre, no; si no tiene usted más que cincuenta años.—Es que todas mis pelucas tienen calva.—Entonces saque usted lo que usted quiera.

—Yo necesito un retrato, ¿qué saco? dice otro.—No, un medallón: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabellón de *la Expiación*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la Edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitarse ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den

dos reales más; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se conviene en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpentón ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay qué hacer, y que como la función es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde están á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de éste ó de aquél. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel día distraído; no responde en concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo más expresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y dicen embromándole sin temor de Dios: «Con que hoy es la silba? voy á comprar un pito.»

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario.—¿Qué tal estoy?
—Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted más negro en esa mejilla; otra raya: es usted más viejo. Usted sí que está perfectamente, señora; y cierto que daría los mejores trozos de mi comedia por ser el galán de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frío el segundo galán.—¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.—¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso.—No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro.—Sí, un chillido sentido; como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡Á mí me estremeció usted, y soy el autor!...

—¡La orden! ¡La orden!—gritan á esta sazón.



—¿Cómo la orden?—exclama el autor asustado. ¿La han prohibido?—No, señor, es la orden para empezar, habrá venido su alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de piés que se ven debajo del telón.

¡Cuidado con los arrojés, señor autor! dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo.—¿Qué es eso?—Nada; los arrojés son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telón, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descorrido la cortina, y el ingenio se refugia á un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representación con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperación cuando se pierde un actor.—Si lo dije, si no sabe el papel.—¿Silban?—¿Qué murmullo es ese? Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenía que hacer efecto por fuerza.—¡Bárbaros! ¿Por qué silban? Si no se puede escribir en este país: luégo la están haciendo de una manera... Yo también la silbaría.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.—¡Vaya! Ya tenemos el telón bajando y subiendo.—¡Bravo! se han dejado una silla.—Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve?—¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles!—¿Lo mató? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador.—Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa.—Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de *** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luégo parece que el público se ha constipado adrede aquel día. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la maretta sorda empieza á manifestarse cada vez más pronunciada: á la última puñalada el público no puede más, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestión, sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telón entre la majestuosa algarazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propensión tiene la humanidad á alegrarse del

mal ageno ; pero he observado que el público sale más alegre y decidior, más risueño y locuaz de una representación silbada : el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado : no están todavía los españoles, dice, para esta clase de comedias : se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representación, y de esta suerte ya puede presentarse al día siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir :—Yo lo dije; esa comedia no podía gustar ; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo ; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad ; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composición, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y lo elogian ; saben que sus elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen:—Es cosa buena, ¿ cómo se había de negar? No tiene más sino aquello, y lo otro, y lo de más allá... ya se ve; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen :—Señor, no es mala ; pero no es para todo el mundo : hay cosas demasiado profundas : tiene bellezas : sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente más divertida es la de oír, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: éste la juzga mala porque dura tres horas ; aquél porque mueren muchos ; el otro porque hay gente de iglesia en ella ; el de más allá porque se muda de decoraciones : es otro porque infringe las reglas : los contrarios dicen que sólo por estas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusión!

Al día siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo más? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡ Después de todo eso, haga usted comedias !!!

EL DUELO

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilización: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razón más severa preside á todas las acciones y costumbres de la generación del año 1835.

Dejaremos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfección á que se ha llegado en punto á religión y á política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupación ninguna, no abrigamos el más mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el sér más perfecto, la hechura más acabada de la creación, sólo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad más innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijación de nuestras ideas y principios: no sólo sabemos ya cuál es el buen Gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustración, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien había de adorar, ó el rey á quien había de servir... nada más natural. Ignorantes entonces los más, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustración, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay.

Y si las hubiera sería en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido más ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas en que está más fijada la pública opinión, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el día le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este honor de la Edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilización, que en el día no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusión y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonorado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿ Le dan á usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿ Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿ Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonorado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pié, es usted gente ordinaria, canalla. ¡ Milagros todos de la ilustración!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenón injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfacción: Alcibíades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, según una expresión de nuestra moderna civilización, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duración del mundo, es una in-

vención de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hacia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa nueva, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar el combate. El muerto, el caído era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga la vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se había llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: «No más juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos.»

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: «No os batiréis», los hombres dijeron: «No os obedeceremos»; y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigurosa prohibición han sido las más señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre: «No te harás matar, pena de muerte», es provocarle á que se ría del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podría hacer á propósito de esto la observación general de que sólo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho más que lo que haría un jardinero que tirase

la fruta queriendo acabarla; el árbol en pié todos los años volvería á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinión pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinión pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradicción social. Mientras todo el mundo se ría del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: « Me han injuriado » será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posición ridícula en sociedad. Para todo corazón bien puesto la duda no puede ser de larga duración: y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tomar la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupación más ó menos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batían los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor; los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el día se reduce á impedir que su mala fe abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad, empero, sino es la licencia de mi imaginación, me ha llevado más lejos de lo que yo pretendía ir: al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ella y amamantado con sus mismas preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinión pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razón reprueba. Confieso que pensaré siempre en

este particular como Rousseau, y los más rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no há muchos meses fuí testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación *ab ovo*.

Mi amigo Carlos, hijo del marqués de ***, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habían empleado en su educación cuánto esmero es imaginable, Carlos se presentó en el mundo con talento, con instrucción, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser sólo que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginación necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La joven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada, sus padres habían tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se había formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destrucción: en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podía fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el día una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfide desmayada: hablaba con el acento del candor y de la conmoción; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venía á iluminar su tétrica conversación, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decía mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulación; de suerte que lo que sin razón de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Carlos lo fué; la víctima debía ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Carlos y Adela eran uno.

He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familia: también suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fué un ejemplo de esta verdad: medio año hacía que se había unido con santos vínculos á Carlos; la moda exigía cierta separación, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reído el mundo de un marido atento á su mujer? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodón si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los días, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fué más asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no quería faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!!! Era preciso humillarlo: esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Cómo se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él solo entreviese primero su destino, y lo supiese después positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigía una satisfacción. Carlos hubo de dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino no pude menos de asistir á la satisfacción.

Á las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los